

[Publicado previamente en A. Ruiz –M. Molinos (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico Jaén 1985*, Jaén 1987, 349-361 (también en J.M<sup>a</sup> Blázquez, *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid 1989, 247-281; J.M<sup>a</sup> Blázquez – M<sup>a</sup> P. García-Gelabert, *Castulo, ciudad ibero-romana*, Madrid 1994, 357-389). Editado aquí en versión digital por cortesía de los autores, con la paginación original].

© José María Blázquez - M.<sup>a</sup> Paz García-Gelabert

## El final del mundo ibérico en la Bética

José María Blázquez – M.<sup>a</sup> Paz García-Gelabert

Los contrastes climáticos y geográficos tan marcados en la Península Ibérica fueron ampliamente documentados por los historiadores y geógrafos de la Antigüedad que en sus crónicas se ocuparon de ella. De entre los mismos destaca el griego Estrabón, cuyo libro III constituye una de las fuentes más importantes para conocer datos generales referidos a Hispania.

Ciertamente, los autores clásicos que tratan acerca de la Península no hicieron su panegírico, como es obvio tratándose de meridionales. El clima, sometido a bruscas variaciones, de las dos mesetas, el paisaje áspero y boscoso y las gentes belicosas, distribuidas en sociedades de jefatura diversamente desarrolladas, o en formas intermedias que sin duda surgirían gradualmente de las sociedades igualitarias, e inmersos en una religión aún en fase naturalista, no habían de propiciar las alabanzas de aquellos hombres cultos.

«Iberia es en su mayor parte poco habitable pues casi toda ella se halla cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado» (Estr., III, 1,2). No obstante, esta parquedad en elogios para el conjunto general se ve compensada por el trato especial que se le asigna a la zona sur. El mismo Estrabón señala a continuación: «...por contraposición a la región septentrional muy fría y poco hospitalaria, la meridional casi toda ella es fértil, principalmente la de fuera de las columnas de Hércules», e insiste cuando trata de la fertilidad de las tierras situadas entre los ríos Tajo y Guadiana: «es país regularmente fértil, pero aquel que le sigue hacia el Oriente, el Mediodía, no cede a ninguno de los más ricos de la *oikouménē* por las excelencias de sus bienes, tanto terrestres como marítimos. Esta región es la que riega el río Betis... dicha región se llama la Baetica, de nombre del río, y Turdetania, del nombre del pueblo que la habita» (III, 1,6), acerca de los turdetanos escribe el geógrafo de Amasia: «tienen los turdetanos, además de una tierra rica, costumbres dulces y cultivadas... los que viven en las riberas del Betis, han adquirido enteramente la manera de vivir de los romanos, hasta olvidar su idioma propio... y falta poco para que todos se hagan romanos» (III, 2,15).

La riqueza de la Bética, la fertilidad del suelo, fueron factores importantes para el poblamiento del elemento cartaginés y más tarde romano en la zona <sup>1</sup>, impulsado por la extracción del jugo vital más importante para sus economías, los productos agrícolas y, sobre todo, la riqueza metalífera. La presencia colonizadora de ambas potencias llevó aparejada una intensísima y despiadada explotación del subsuelo con un desorbitado costo de vidas como mano de obra esclava y un fuerte proceso de aculturación, no consciente, que actuó como diluyente del vigoroso mundo de ideas indígena, muy a largo plazo —aún a finales de la República, la infraestructura cultural autóctona estaba intacta, no así la superficial, según palabras de Estrabón, y como por lógica se deduce del enfrentamiento de mundos culturales tan diferentes, aún a pesar del impacto helenístico tangible en los dos— en el turdetano a través de los púnicos en primera instancia.

La explotación del subsuelo fue sin duda el incentivo fundamental de los colonizadores y conquistadores. Primero había sido el de los pueblos semitas, que prontamente contactaron con el Suroeste, produciéndose como

---

<sup>1</sup> Una información detallada sobre la problemática de la época, en BENDALA GALÁN, M., «La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador», en *La Baja época de la cultura ibérica*, Madrid, 1981, págs. 33-48.

consecuencia un importante intercambio comercial y de préstamos culturales, en este momento los tratos se ejecutaban a pie de igualdad y los beneficios eran mutuos; no existía la moneda ya que la relación era puramente comercial, por lo menos en los primeros momentos, e interesaba el trueque de géneros. Los beneficios, pues, eran mutuos. Ello no ocurrió con púnicos y romanos, que acudieron a la Península en busca de metales preciosos que les permitieran costear los enormes gastos de guerra.

Del contenido del subsuelo se ocupa asimismo Estrabón, y concretamente de la Turdetania, «si bien toda la tierra de los iberos está llena de ellos (minerales), no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas... pero la Turdetania y las regiones comarcanas abundan en ambas cosas y no hay palabra digna para dejar de alabar justamente esta virtud. Hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes» (III, 2,8); indica que en Cástulo y otros lugares hay un metal peculiar, de plomo fósil, el cual, aunque contiene plata, es en pequeñas cantidades (III, 2,10) y localiza cerca de la misma ciudad oretana el monte llamado Argyros por sus minas de Plata (III, 2,11), que aunque no se ha dado con él, como habla del nacimiento del Guadalquivir en sus cercanías había de estar en los límites, de las provincias de Jaén, Granada y Albacete. Mela (II, 86) y Plinio (NH, III, 30) indican asimismo que Hispania era abundante entre otros productos en hierro, plomo, cobre, plata y oro.

La fertilidad en metales de la Península, y principalmente de la Bética —el subsuelo de la zona norte fue posteriormente explotado exhaustivamente, mas por razón de su tardía conquista y su inaccesibilidad no fue tratado tan prolijamente por los cronistas—, dio pie a que la imaginación se desbordara, de tal forma que Posidonio, que estuvo en Cádiz durante la guerra sertoriana para estudiar el fenómeno de las mareas, llegó a decir, lo que transmite Estrabón, criticando su exageración (III, 2,9) «que habiéndose incendiado un bosque, estando la tierra compuesta de oro y plata, subió fundido a la superficie, pues que todo el monte y colina es como dinero acumulado allí por una pródiga fortuna... porque el país es, según dice, no sólo rico en lo que muestra, sino también en lo que oculta». También Estrabón relata que «los cartagineses guiados en una expedición por Amílcar, hallaron los pueblos de la Turdetania sirviéndose de pesebres y de toneles de plata» (III, 2,14).

En líneas generales, y dejando de lado las noticias, ciertas y fantásticas que proporcionan las fuentes, puede afirmarse que la sociedad de la Bética, o mejor, de la Turdetania, en época inmediatamente anterior al arribo de púnicos y romanos y la subsiguiente explotación por los mismos de los recursos hispanos, gozaba de una estabilidad y prosperidad generalizadas, potenciadas en buena medida por una fuerte demanda por parte de las colonias mediterráneas de los productos agrícolas y mineros de sus territorios y, en determinados casos, por el control militar de las zonas claves de paso y de las minas. Diodoro, cuando trata de las minas de Hispania (V, 36-38), documenta su explotación por los iberos «...los iberos comprendieron las ventajas de la plata y pusieron en explotación minas de importancia. Por lo cual obtuvieron plata estupenda y, por decirlo así, abundantísima, que les produjo ganancias espléndidas. La forma en que los iberos explotan las minas y trabajan la plata es así, poco más o menos: siendo como son, admirables sus minas en reservas de cobre, oro y plata, los que trabajan las de cobre extraen, excavando la tierra, una cuarta parte de este metal sin ganga; de los que trabajan las de plata, los hay que, sin ser profesionales, extraen en tres días un talento de Eubea...».

El proceso de control y redistribución sin duda trajo consigo el afianzamiento del poder en estas sociedades de jefatura <sup>2</sup>, al que va unido una serie de repercusiones sociales y culturales de la mayor importancia. Obviamente, y desde el momento en que el desplazamiento de la vida rural hacia formas de carácter más urbano había de ser fundamental para un mejor funcionamiento de los mecanismos socioeconómicos, uno de los más interesantes puntos de estudio es el del desarrollo de las ciudades. En este campo la Arqueología tiene un vastísimo panorama por descubrir.

Las ciudades romanas de la Bética de mayor renombre no son otra cosa que la yuxtaposición de sus estructuras sobre las ya existentes, como Hispalis, Carmo, Astigi, Gades, Ursao, Astapa, Carteia, Castulo, Acci, Basti, Corduba, Tucci y otras tantas que no mencionamos para no hacer una lista interminable. Mas de tal modo se fundieron las estructuras indígenas con las romanas, aquéllas en unos casos fueron destruidas durante las batallas, en otros, rehechas al modo romano y en otros por y para romanos, que es sumamente dificultoso descubrir los restos habitacionales anteriores a la conquista. A lo más se han hallado elementos arquitectónicos decorados, algunos fuera de contexto, llevados de acá para allá por los arados, testigos de la prestancia que debió alcanzar la arquitectura civil y religiosa, al menos en algunas de las más importantes ciudades. Tal es el caso de una jamba

<sup>2</sup> SERVICE, E. S., *Los orígenes del Estado y de la civilización*, Alianza Universidad, Madrid, 1984, págs. 26, 34, 94 y sigs., 109 y sigs., 211, 222 y sigs.

o dintel de Cástulo, decorado en relieve con roleos vegetales muy geometrizados y un capitel cuadrado que podría pertenecer al mismo edificio, cubierto de tallos que forman espirales terminadas en rosetas en la parte superior, diseño tratado con idéntica técnica que el primero <sup>3</sup>. Ambos, para García y Bellido <sup>4</sup>, dejan oír un eco claro de Grecia, pero transformado por la distancia. Lo mismo podría decirse de la zapata de Montilla, decorada con espirales en la parte superior y laterales inferiores y por orla de ovas en la central <sup>5</sup>.

Estas piezas, significativas de lo antedicho, sin embargo nada pueden hablarnos acerca del trazado de las ciudades o de la casa común y su organización. Del conjunto apenas conocemos algunas casas de mampostería, pobres, y las líneas de muralla, que como la de Cástulo se adaptan a las irregularidades del terreno. De ella, al menos la hilada de base, compuesta por grandes sillares, pertenece a la ciudad oretana.

En oposición, las necrópolis asociadas a las mencionadas ciudades, o a otras no citadas aquí —no todas se conocen y las que se conocen no se han excavado—, aún sujetas a un deterioro profundo durante los períodos de violencia que conllevó la presencia púnico-romana: guerras de conquista, civiles, razzias celtíberas y lusitanas, etc., nos dan a conocer *grosso modo* el grado de civilización y prosperidad alcanzado a fines del siglo V a. de C., y durante la primera mitad del siglo IV a. de C., época de esplendor de la cultura turdetana. Sus espléndidos ajuares son un fiel reflejo de este extremo.

Una de las necrópolis más ricas, aunque desgraciadamente muy expoliada desde antiguo, es la que perteneció a la ciudad de Tútugi, cerca de Galera <sup>6</sup>. La variedad tipológica de los enterramientos, y que en ella resalta, es nota peculiar en la mayoría de las necrópolis coetáneas. Entre los mismos destacan algunos sin duda utilizados para altos personajes. Son tumbas monumentales y grandes túmulos, con valiosos ajuares compuestos de rico armamento, joyas y numerosos vasos griegos. No es menos interesante la de Tugia, que cuenta con una cámara sepulcral hipogea dividida en tres compartimentos <sup>7</sup>. Otras necrópolis muy complejas de la misma región son las de Castellones de Ceal <sup>8</sup>; en Cástulo las de «El Estacar de Robarinas» <sup>9</sup>, «Los Patos», «Baños de la Muela», «Casablanca» <sup>10</sup> y «Molino de Caldoná» <sup>11</sup>; y la de Baza <sup>12</sup>, entre otras.

Estos ámbitos sepulcrales funcionan esencialmente desde fines del siglo V hasta mediados del siglo IV a. de C. No obstante, en algunas, como las de Tútugi y Tugia, los ungüentarios helenísticos, de gran difusión por todo el Mediterráneo desde el siglo V hasta el siglo I a. de C. <sup>13</sup>, que forman parte de determinados ajuares, las señalan aún en funcionamiento durante los siglos II-I a. de C. <sup>14</sup>. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy (Almuñécar) perdura asimismo hasta el siglo I a. de C., hecho que se constata tanto por la cerámica campaniense como por los ungüentarios semejantes a los de aquéllas dos necrópolis <sup>15</sup>. La necrópolis de Baria, correspondiente a la colonia púnica del mismo nombre que debió prosperar en los siglos V y IV a. de C., por un intenso comercio, acusa su empobrecimiento a partir de la ocupación romana. Gran parte de los ajuares hallados por M. J.

<sup>3</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte Ibérico en España*, Madrid, 1980, figs. 18-19; *Idem*, «Arte Ibérico», en *Historia de España. España prerromana*, Madrid, 1954, figs. 307-308, lám. XVI.2. BLÁZQUEZ, J. M. - CONTRERAS, R., «Esculturas, relieves e inscripciones de Cástulo», en *Cástulo*, IV, E.A.E. 131, 1984, pág. 276, lám. XVI, 1-2.

<sup>4</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte Ibérico en España*, *op. cit.*, en nota 3, pág. 26.

<sup>5</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte Ibérico en España*, *op. cit.*, en nota 3, fig. 20; *op. cit.*, en nota 3, fig. 310.

<sup>6</sup> CABRÉ, J., «Excavaciones en la necrópolis ibérica de Galera» *Junta Superior del Tesoro Artístico*, 25, Madrid, 1919-20. GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte Ibérico en España*, *op. cit.*, en nota 3, págs. 23-24, figs. 12-13 y 129-130.

<sup>7</sup> CABRÉ, J., «Arquitectura hispánica. El Sepulcro de Toya» *A.Esp.A.A.*, 1, 1925. GARCÍA Y BELLIDO, A., «La cámara sepulcral de Toya y sus paralelos mediterráneos», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, 14, 1935; *op. cit.*, 1980, págs. 24-25, figs. 14 a 16.

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ CHICARRO, C., «Prospecciones arqueológicas en los términos de Hinojares y La Guardia (Jaén)» *Bol. Inst. Est. Giennenses*, 6, 1955, pág. 56.

<sup>9</sup> BLÁZQUEZ, J. M. - REMESAL, J., «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en BLÁZQUEZ, J. M., *Cástulo II*, E.A.E., 105, 1979; «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo» *C.N.A.*, 30 (Huelva, 1973), Zaragoza, 1979.

<sup>10</sup> BLÁZQUEZ, J. M., *Cástulo I. Acta Arq. Hisp.*, 8, 1975.

<sup>11</sup> ARRIBAS, A., «La necrópolis ibérica del Molino de Caldoná», *Oretania*, 28-33, 1968-1969.

<sup>12</sup> PRESEDO, F., «La dama de Baza», *Trab. Preh.*, 30, 1973; *La necrópolis de Baza*, E.A.E., 119, 1982.

<sup>13</sup> MOLINA FAJARDO, F.-BAÑÓN, J., «Los ungüentarios helenísticos de la necrópolis de Puente de Noy», en *Almuñécar. Arqueología e Historia*, Granada, 1983, pág. 159.

<sup>14</sup> CUADRADO, E., «Las necrópolis peninsulares en la baja época de la cultura ibérica», en *La baja época de la culturas ibérica*, pág. 56.

<sup>15</sup> Cfr. MOLINA FAJARDO, F. - DURÁN, J., «Tipología de la cerámica campaniense en Puente de Noy», en *Almuñécar. Arqueología e Historia*; MOLINA, F. - BAÑÓN, J., *op. cit.*, en nota 13.

Almagro Gorbea <sup>16</sup>, en las excavaciones de 1975-78, corresponden a la primera etapa de romanización. Se trata de objetos como ungüentarios de barro, que se utilizan a partir del siglo III a. de C., y durante los siglos II-I a. de C. Las monedas son escasas, de la ceca de Baria, siglos III-II a. de C., y una minoría pertenece a los últimos años de la República o principios del Imperio.

Debido al tradicional espíritu conservador que preside en la mayoría de las culturas, con mayor o menor grado de civilización, los ritos relacionados con el mundo de los muertos, no se observa en la última época ibérica variación sustancial en el ritual básico de tratamiento de los cuerpos, que sigue siendo la cremación. Por lo que respecta a la composición de los ajuares, siendo esencialmente la misma, conforme a las ideas de ultratumba ibéricas, la variación formal viene determinada por las nuevas condiciones de vida a que son sometidas las tribus autóctonas al verse primero abocadas a la lucha y posteriormente a formar parte de las tierras conquistadas por un imperio.

Los continuos episodios bélicos desde la conquista cartaginesa a partir del año 237 a. de C., en que Amílcar, al frente de un numeroso ejército, desembarcó en Gades <sup>17</sup>, y más complicados en el 218 a. de C., fecha del arribo de Cneo C. Escipión a Emporion <sup>18</sup>, hacen que el comercio griego sufra una paralización apreciable. Por su parte, los establecimientos púnicos, intermediarios para la llegada de objetos áticos a las ciudades turdetanas, que por lógica habían de estar afectados directamente en el enfrentamiento, sufrieron un total colapso. De tal manera, ni los vasos, vidrios, telas, maderas, joyas, etc., griegas o púnicas, eran ya accesibles en la Turdetania. En las sepulturas se advierte notablemente su falta, que son sustituidos paulatinamente, y a medida que la romanización se extiende, por los productos helenísticos, suditálicos y romanos. Asimismo, se observa en los ajuares la desaparición, también paulatina, del armamento, y la aparición de monedas, esto como consecuencia del inicio de las acuñaciones en el siglo III a. de C. <sup>19</sup>.

La escultura zoomorfa, que generalmente formaba parte de las estructuras funerarias de envergadura en época plena ibérica, pervive en esta última fase, aún con ciertas características estilísticas diferentes, que vienen dadas por una simbiosis del arte autóctono con el helenístico, aportado por la romanización. Existe un mayor movimiento en las figuras y un tratamiento más detenido de determinados rasgos anatómicos; de ello trataremos más adelante. Por lo que respecta al significado iconográfico, el león sigue manteniendo un carácter esencialmente mágico funerario de guardián de las sepulturas contra los agentes exteriores y protector del reposo del difunto. Aún en el arte romano imperial se continúa con la tradición de decorar los monumentos funerarios con leones <sup>20</sup>.

El arte helenístico introduce una variante, adoptada en la Bética, el león se convierte también en el símbolo de la propia muerte <sup>21</sup>, devoradora de seres vivos, de ahí que se le represente sujetando bajo sus garras una víctima que suele ser un animal de mediano tamaño, herbívoro, o bien un ser humano, como sucede en los leones de Hornos, Utrera, Mesas de Asta, Úbeda la Vieja y Jaén <sup>22</sup>. Este tema se documenta en Grecia y Asia Menor a partir del siglo IV a. de C. <sup>23</sup>.

El lobo, al que se le asigna un carácter infernal, a veces también asume el de guardián protector, como parece ser en la caja funeraria de Villargordo, cubierta por una piel de lobo, y fechada entre los siglos V-III a. de C. <sup>24</sup>.

Un claro sentido funerario muestran las figuras en relieve del cipo de Marchena. Aquí la influencia helenística, tan característica de este período, se halla ausente y hay en cambio un considerable influjo púnico. En la cara frontal se plasmó un caballo y en una lateral una palmera, posible reproducción del árbol de la vida. La obra se fecha por T. Chapa en el siglo III a. de C., por su correspondencia con las series bárquidas de la ceca de Car-

<sup>16</sup> ALMAGRO GORBEA, M. J., *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78*, E.A.E., 129, 1984, págs. 217 y sigs.

<sup>17</sup> Pol.2,1,5; Diod. 25,10; Ap. *Iber* 5; Cornelio Nepo. Amílcar, 4; Zon. 8,17; Just. 44,5,4.

<sup>18</sup> Pol. 3,76,1; Liv. XXI.60; XXI.61; Zon 8,25.

<sup>19</sup> BELTRÁN, A., *Curso de numismática, passim*. GUADÁN, A. M., *La moneda ibérica. Catálogo de numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1980, *passim*. AMORÓS, A., «Argentum Oscense», *Num. Hisp.*, 6, 1957, págs. 51 y sigs.

<sup>20</sup> CHAPA, T., *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid, 1984, pág. 143.

<sup>21</sup> CHAPA, T., *op. cit.*, en nota 20, pág. 259.

<sup>22</sup> León de Bornos: BLÁZQUEZ, J. M., *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*, t. II. Madrid, 1983, il. 86. CHAPA, T., *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, t. I. Madrid, 1980, fig. 4.141, lám. CXXXI; *op. cit.*, 1984, foto 10. León de Utrera: BLÁZQUEZ, J. M., *op. cit.*, 1983 il. 84. CHAPA, T., *op. cit.*, 1980, fig. 4.136, lám. CXXXVII; *op. cit.*, 1984, foto 6. León de Mesas de Asta: CHAPA, T., *op. cit.*, 1980, fig. 4.143, lám. CXXXIII. León de Úbeda la Vieja; id. fig. 4.95, lám. LXXXV. León de Jaén (procedencia desconocida): id. fig. 4.100, lám. XCI.

<sup>23</sup> CHAPA, T., *op. cit.*, en nota 20, pág. 140.

<sup>24</sup> CHAPA, T., «La caja funeraria de Villargordo (Jaén)» *Trab. Preh.*, 36, 1979, pág. 445 y sigs.; *op. cit.*, en nota 22, figs. 4.97, 4.98.1, lám. LXXXVII; *op. cit.*, en nota 20, lám. VIII. BLÁZQUEZ, J. M., *op. cit.*, en nota 22, il. 10.

thago Nova que acuñó monedas con representaciones de caballos y palmeras<sup>25</sup>. Por su parte, A. García Bellido la considera como obra romana del siglo I a. de C., aunque reconoce en ella una cierta tradición púnica<sup>26</sup>.

Guardianes de tumbas, protectores de difuntos, son también facultades imputables a las esfinges. De las mismas podemos rastrear notas helenísticas, las mamas indicadas, en la esfinge de Ontur y en la llamada «Jangulilla» de Jódar, posiblemente contemporáneas del comienzo de la dominación romana<sup>27</sup>.

Los iberos asociaron desde fechas tempranas el carácter funerario asignado al centauro en el mundo itálico a sus representaciones sepulcrales, como lo prueban los relieves de Pozo Moro. La imagen del centauro llegó, en primera instancia, a través de los objetos importados y más tarde por medio del helenismo. En esta época que tratamos se encuentra reflejado en numerosos recipientes de culto, cual son la pátera de Tivissa, decorada con escenas de ultratumba que muestran el gusto indígena y sobre todo en la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén), ejecutada por un artífice posiblemente indígena que demuestra no sólo un perfecto conocimiento de la materia, sino también de la iconografía helenística. B. Griñó y R. Olmos<sup>28</sup> opinan que los centauros de la pátera mitologizan acciones rituales entre los iberos. La pátera, también llamada de Perotito, es una de las obras más características de la argentería ibérica del período ibero-romano. Raddatz<sup>29</sup> piensa que es de finales del siglo II o principios del I a. de C. García Bellido, en cambio, fija su cronología en el siglo II a. de C.<sup>30</sup>. A. Tovar, que investigó la inscripción indígena, aunque en caracteres latinos, de uno de los cuencos que acompañaban al tesoro, coincide con la datación de García y Bellido<sup>31</sup>.

B. Griñó y R. Olmos, que han estudiado la significación de la decoración de la pátera: la cabeza humana mordida por un felino, el friso de los erotes persiguiendo a animales, los trofeos, los centauros y centauresas orientados en procesión o thiasos de ambiente dionisiaco, que tocan diferentes instrumentos musicales o llevan diversos objetos: bandeja con frutos, *aulós*, crátera agallonada, oinochoé y *phiále mesómphalos*, antorcha flameante, címbalos, cítara y *tympanon*, son de la opinión que tiene un sentido funerario claro, bien patente en los temas elegidos<sup>32</sup>.

Los relieves hallados en la que fue importante ciudad turdetana, Ursao, fueron interpretados por García y Bellido<sup>33</sup> como pertenecientes a un monumento ligado a los acontecimientos de la batalla de Munda.

P. León<sup>34</sup> es del parecer que su carácter es funerario, quizá no todos correspondientes a las mismas tumbas, y por el hecho de estar empotrados en la muralla republicana fabricada entre los años 50-45 a. de C., establece tal fecha como término *ante quem* para la ejecución de los mismos.

Según B. Griñó y R. Olmos<sup>35</sup>, corresponderían a un monumento funerario turriforme.

Las escenas reproducen con diverso grado de naturalismo competiciones, procesiones con antorchas, libaciones y los juegos que se celebraban con ocasión de la muerte de personajes importantes, escenas que figuran en la descrita pátera de Santisteban del Puerto<sup>36</sup> y en numerosos vasos griegos. Un ejemplo de tales funerales lo tenemos en la narración que Apiano (*Iber* 71) hace del de Viriato: «...el cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira, se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de a pie como los de a caballo, corrían formados alrededor de sus armas y cantando sus glorias al modo bárbaro... termi-

<sup>25</sup> CHAPA, T., *op. cit.*, en nota 20, pág. 172, lám. XIII.

<sup>26</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Esculturas de España y Portugal*, I vol., C.S.I.C., Madrid, 1949, pág. 305.

<sup>27</sup> CHAPA, T., «Las esfinges en la plástica ibérica», *Trab. Preh.*, 37, 1980, pág. 309 y sigs.; Ontur: CHAPA, T., *op. cit.*, en nota 22, 1980, lám. XLIX.2; *op. cit. ibidem*, en nota 20, pág. 220. «Jangulilla», *op. cit.*, 1980, fig. 4.87.2, lám. LXXVII, I. ALMAGRO GORBEA, M., «Los leones de Puente de Noy», en *Almuñécar, op. cit.*, en nota 13, pág. 96.

<sup>28</sup> GRIÑÓ B. - OLMOS, R., «La pátera de Santisteban del Puerto (Jaén)», en *Estudios de Iconografía*, 1. MAN, 1982, cfr., págs. 30 a 33.

<sup>29</sup> RADDATZ, K., *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1969, láms. 63-64 y págs. 251 a 256.

<sup>30</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *op. cit.*, en nota 26, págs. 464 a 467 en t. I, y lám. 344 en t. II.

<sup>31</sup> TOVAR, A., *Rev. Arch. Bibl. y Mus.*, 61, 1955, pág. 579.

<sup>32</sup> GRIÑÓ, B. DE - OLMOS, R., *op. cit.*, en nota 28, págs. 24-25.

<sup>33</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte Ibérico en España, op. cit.*, en nota 3, pág. 59.

<sup>34</sup> LEÓN ALONSO, P., «Plástica ibérica e iberorromana», en *La baja época de la cultura ibérica, op. cit.*, pág. 184. Para la datación de los relieves véase CORZO, R., *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*, Sevilla 1977, citado en nota 5 misma comunicación.

<sup>35</sup> GRIÑÓ, B. DE - OLMOS, R., *op. cit.*, en nota 28, pág. 100.

<sup>36</sup> GRIÑÓ, R. DE - OLMOS, R., *op. cit.*, en nota 28, véanse láms. 7 y sigs.

nado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo». Estas honras fúnebres se ven sin duda reflejadas en los relieves de Osuna.

En las figuras hay, según P. León <sup>37</sup>, dos tendencias estilísticas: una de carácter arcaizante de cuño local, otra retórica, efectista, evocadora de reminiscencias helenísticas de influencia romana. La primera se caracteriza por un acertado, aunque simple y lineal estudio del natural, en el que se descuidan las proporciones anatómicas y minuciosidad en detalles de vestido.

En un sillar de esquina se esculpieron dos figuras femeninas contrapuestas, una *auletris* con ancha falda de pliegues hasta los pies, con torques al cuello y cinturón metálico con tema en SS, frecuente en la decoración ibérica, principalmente en las placas con influencias meseteñas. Su acompañante está envuelta en una capa. En otro sillar se representan a otras dos, portadoras de ofrendas que se cubren con ropas talares y largo velo. La de la izquierda sostiene al parecer una antorcha, el relieve está muy destrozado, y la de la derecha un vaso de ofrendas, similar a los de plata, que se encontraron en tesoros ocultos en estos tiempos, de los que en páginas siguientes nos ocuparemos, fechados en épocas muy bajas de la cultura ibérica; es similar asimismo al que sostiene el centauro de la pátera de Perotito <sup>38</sup>. De la misma serie son los guerreros enfrentados con armamento esencialmente indígena, escudo oblongo de La Tène, falcata, casco de cuero empenachado hasta los hombros, sin duda el casco lusitano (Estr. III,3,6). Un quinto relieve ofrece la figura de un jinete al galope con la falcata en la mano. Este conjunto de soldados puede referirse a los mercenarios celtíberos que actuaban como tropas auxiliares tanto al servicio de los turdetanos como de los romanos o cartagineses. Se fechan estos relieves a finales del siglo III o comienzos del siglo II a. de C. <sup>39</sup>.

La segunda serie evidencia la presencia romana, más por la temática que por la ejecución, en la que se detecta aún el criterio de los talleres autóctonos, apegados a sus técnicas tradicionales, aunque un mayor movimiento y soltura son indicios seguros que acusan las novedades impuestas y difundidas durante el período helenístico. Los motivos se refieren a escenas militares en fas que se han representado a los guerreros hispanos con la *caetrae*, el pequeño escudo redondo y un segundo grupo formado por soldados romanos, con túnica, loriga, *ocreae* y *calligae*, entre ellos destaca el *cornicen* tocando un gran cuerno. También se esculpió un acróbata y un individuo caído en tierra sobre el que un león posa su garra. Este último tema se relaciona con la serie de leones devoradores de hombres o animales a que hemos aludido anteriormente.

La segunda serie es del mismo taller probablemente que otros relieves procedentes de Estepa, consistentes en dos legionarios y la conducción de una víctima al sacrificio, fechado atendiendo a los datos de tema, técnica, y estilo en el primer tercio del siglo I a. de C. <sup>40</sup>. Los de Osuna pueden oscilar hasta mediados del siglo I a. de C., término *ante quem* impuesto por la construcción de la muralla, aunque también sería válida la cronología de Estepa, puesto que las escenas militares plasmadas en ellos podrían aludir a las novedades tácticas introducidas durante las campañas sertorianas, tan decisivas para los habitantes del Sur.

Bueno será antes de avanzar más, y ya que hemos tratado el tema bélico, que esbozemos someramente el proceso evolutivo de las contiendas en que se vieron involucrados los pobladores peninsulares, en las que defendieron y finalmente perdieron la independencia, con todas las secuelas económicas, sociales y culturales que ello imprescindiblemente lleva consigo.

Conforme las fuentes, los cartagineses se hallaban aún dominando parte de España en el 270 a. de C. (Pol. 1,10,5), mas durante la primera guerra púnica posiblemente perdieron el dominio sobre ella, que vuelven a conseguir en parte desde el 237 a. de C., por medio de un ejército a las órdenes de Amílcar <sup>41</sup>. El motivo es claro, Cartago necesitaba dinero para seguir financiando la lucha contra Roma, como lo indica la contestación de Amílcar a sus embajadores: «se habían visto obligados a guerrear en España para poder acabar de pagar las deudas que tenían con los romanos» (Dion Cassio, 12, fr. 48). La conquista del valle del Betis se lleva a efecto enfrentándose a tartesios e iberos, auxiliados éstos por tropas mercenarias celtíberas (Diod. 25,10), y más tarde se dirigen hacia las zonas mineras levantinas, donde fundan Cartílagos Nova (Diod. 25,12; Pol. 2,13,1).

<sup>37</sup> LEÓN ALONSO, P., *op. cit.*, en nota 34, pág. 186.

<sup>38</sup> GRINÓN, B. DE - OLMOS, R., *op. cit.*, en nota 28, lám. 7.2.

<sup>39</sup> LEÓN ALONSO, P., *op. cit.*, en nota 34, pág. 189.

<sup>40</sup> LEÓN ALONSO, P., *op. cit.*, en nota 34, pág. 194.

<sup>41</sup> Véase nota 17.

Por el giro de los acontecimientos son enviados a Hispania los hermanos P. y Cn. Escipión<sup>42</sup> en el 218 a. de C., lo que determina que a partir de entonces las luchas entre ambas potencias sean continuas hasta la derrota púnica en el 206 a. de C. En este tiempo, tanto las ciudades iberas de la Turdetania, como las tropas auxiliares hispanas, celtíberas principalmente, fluctúan sus lealtades de un bando a otro, en principio no motivadas por el sentido de independencia, sino prestando fidelidad al mejor postor. Así, en el año 218 a. de C., en un enfrentamiento de C. Escipión con Hannon (Front. *stat.* 2,3,1), las tropas iberas de este último permanecen aparte, a modo de espectadores. El ejército púnico reclutó desde el primer momento individuos pertenecientes a diversos pueblos hispanos, pues Polibio (3,83,1) hace mención a los iberos y celtas e indica que el escudo de ambos era similar, no así las espadas, ya que las de los iberos podían herir lo mismo de punta que de filo, en cambio las de los celtas servían únicamente para el tajo. Asimismo, el atuendo era diferente, a los celtas los describe desnudos, probablemente llevarían el torso y piernas descubiertos; en cambio, los iberos iban cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura a la costumbre del país (Pol. 3,113,6). El traje del guerrero ibero, además del *sagum* rojo o negro, constaba de lanza, collares de oro y escudos cincelados de plata, según Varrón (*St. Menipp. Ret.* 170). Todo ello está mostrando claramente el diferente grado de desarrollo económico y cultural entre ambos pueblos. Livio alaba las cualidades de estos guerreros, muy aptos para correr entre rocas y peñascos tanto por la ligereza de sus armas, como por la velocidad de sus cuerpos (XXII,18,2).

Sobre todo desde el 217 a. de C., el movimiento pendular de los hispanos es extremo. Polibio (3,97,2) y Zonaras (9,1), tratan la traición a los cartagineses de Abilix, jefe ibero. En el 214 a. de C., Cástulo «urbs Hispaniae valida ac nobilis», se pasó a los romanos a pesar de ser muy adicta a los cartagineses (Liv. XXXIV,41); más tarde fue recobrada por éstos. La desertión de los celtiberos del ejército romano, sobornados por Asdrúbal en 212-211 a. de C. (Liv. XXXV,32) propició la derrota y muerte de los Escipiones (Liv. XXXVI,13; Ap. *Iber.* 16; Floro 1,22,36; Eutropio 3,41).

En el 209 a. de C., Escipión está en España y una de sus primeras medidas es tomar Carthago Nova (Pol. 10,12,1; Liv. XXVI,27; Front. 3,9,1; Zon. 9,8), donde los cartagineses tenían su tesoro y una gran cantidad de oro y plata (Oros. 4,18,1). Escipión, efectivamente, recogió de allí un enorme botín en metales preciosos y productos de todo género. «Las páteras de oro llegan a doscientas setenta y seis, casi todas de una libra de peso, dieciocho mil trescientas libras de plata trabajada o acuñada, vasos de plata en gran número» (Liv. XXVI,47). Una serie de piezas componentes de los tesoros escondidos por sus propietarios en estos tiempos de inseguridad, nos permiten hacernos idea aproximada de estas vasijas preciosas<sup>43</sup>. La plata acuñada se refiere, sin duda, a la magnífica moneda bárquida acuñada en Hispania con plata procedente de las minas de Carthago Nova<sup>44</sup>.

La rápida marcha de Escipión a Carthago Nova obedece no tanto, al parecer, a la necesidad de privar a los cartagineses del mejor puerto de que disponían en la costa levantina (Pol. 10,7; Estr. 3,148), cuanto a la urgencia de controlar las minas de plata de los alrededores que financiaron la segunda guerra púnica. Perdidas aquéllas, Aníbal se mantuvo prácticamente a la defensiva en Italia. A la misma necesidad responde la repentina marcha romana a Cástulo en cuyas proximidades se encontraba entre otras (Pol. 26,3,8) la mina Baebelo, que aún en tiempos de Plinio se encontraba en explotación (NH. 33,96). El mismo escritor se refiere a los pozos mineros abiertos por Aníbal que aún seguían produciendo en su tiempo y que conservaban los nombres de sus descubridores.

Toda Andalucía pasa a ser dominio romano y los cartagineses son expulsados de la Península a partir de la batalla de Hipa, en el 206 a. de C. (Pol. 11,20; Liv. XXVIII, 12,10), en que Escipión fue auxiliado por el llamado rey Colcas, de 28 unidades (Ap. *Iber.* 25,27). Este mismo rey, en el 197 a. de C., debido a las duras condiciones de la administración romana, aparece únicamente al mando de 17 ciudades (Liv. XXXIII,21,6). Finalizada la pugna con Cartago en Hispania, el Senado confía a Escipión la misión de arreglar los asuntos en Hispania (Pol. 11,33; Zon. 9,10), de ahí se deduce claramente que Roma no piensa abandonarla. Por el contrario, la somete a una fuerte explotación. Y comienza la conquista de la Bética, y los duros episodios de rebelión contra los abusos del conquis-

<sup>42</sup> Véase nota 18.

<sup>43</sup> Sobre los tesoros descubiertos, véanse los estudios de ALVAREZ-OSSORIO y FARFÁN DE LOS GODOS, *Tesoros españoles antiguos en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1954. BECATTI, G., *Oreficerie Antiche. Dalle Minoiche alle Barbariche*, Roma, 1955. BLANCO, A., «Plata oretana en "La Alameda" (Santisteban del Puerto), Jaén». *A.Esp.A.*, 40, 1967. RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29.

<sup>44</sup> Estudios numismáticos en GUADÁN, A. M. DE, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1969: *Ibidem. La moneda ibérica. Catálogo de numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1980. VILLARONGA, L., *Numismática antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*, Barcelona, 1979. GARCÍA-BELLIDO, M. P., *Las monedas de Cástulo con escritura indígena. Historia numismática de una ciudad minera*, Barcelona, 1972.

tador, cuyo principal objetivo es el botín, como lo demuestra el hecho de que los habitantes de Astapa, al ser asaltada la ciudad en el año 206 a. de C., inutilizaron mediante plomo derretido sus vasijas preciosas, mas como el oro y la plata brillaban, «excitaron la codicia natural al común de los hombres, e intentando sacarlo del fuego unos se abrasaron y otros medio se quemaron por el vapor del fuego» (Liv. XXVIII,23,3).

A partir de ahora comienza por parte de los iberos la verdadera y desesperada lucha por su independencia. Los turdetanos tras sangrientas refriegas son sometidos y culturizados. A la lucha con Roma se añade un grave problema, la presencia en bandas de saqueo de celtíberos y lusitanos, con el consiguiente menoscabo de la economía, pérdida de vidas y reparto de fuerzas, en aquellos momentos tan poco oportuna. La expansión celtíbera, impuesta por la falta de tierras para explotar y las hambres periódicas, lo que no pudo ser paliado ni por la política de M. Porcio Catón (Liv. XXXIV, 10), ni por la repartición de tierras de T. Sempronio Graco (Ap. Iber, 43), comprende varios fenómenos, la presencia de bandas dedicadas al saqueo y la de mercenarios, hombres jóvenes y fuertes en los ejércitos romano y turdetano<sup>45</sup>, antes también en el cartaginés. Por su parte, los lusitanos se dedicaban desde época antigua al robo y saqueo de los pueblos de la Bética. Ya hay testimonio de razzias lusitanas en el año 184 a. de C. (Dion Cas. XXXV,1; Oros. IV, 20-23), en que penetraron en la Bética. De nuevo las fuentes nos hablan de que al principio de las guerras lusitanas, unidos a los vettones invadieron y devastaron la Bética (Ap. Iber. 56-57) y llegaron a alcanzar el litoral mediterráneo a la altura de SexL Estas incursiones se repiten con mucha frecuencia en los textos, y venían dadas como en el caso de los celtíberos por problemas sociales derivados de la acumulación de tierras en pocas manos.

Hispania o mejor el sur, a partir de su conquista por Roma, se convirtió en refugio de los políticos proscritos, uno de ellos fue Sertorio, que había militado a las órdenes de T. Didio o comienzo del siglo I a. de C. en las guerras celtibéricas, y que conocía bien la Península<sup>46</sup>. Las campañas sertorianas apoyadas en los pueblos menos favorecidos, celtíberos y lusitanos, a los que organizó en ejércitos disciplinados, y a la manera de Roma creó instituciones (Plut. Sert. 22), tuvieron un marcado aspecto económico social. Con la llamada guerra sertoriana (83 a 73 a. de C.) de nuevo Hispania se ve invadida por los ejércitos romanos y la Bética involucrada, ya que era la región controlada por los optimates, por ser una de las más ricas y romanizaciones (Cie. pro Arch. 26; Plut. Sert. 22; Sal. Hist. II, 70; Val. Max. IX, 1,5).

La estructura económica de Hispania durante la conquista romana, varió de unas etapas a otras y dentro de las regiones conquistadas. En la Bética una primera etapa abarca la conquista, hasta el año 200 a. de C. durante la cual la producción estaría en función de las necesidades del ejército de ocupación. La segunda, hasta la paz de T. Sempronio Graco, sería ya de explotación. Entre el 170 a. de C. y la mitad del siglo II a. de C. Hispania, como el resto del mundo romano, debió sufrir una depresión económica grande. Después de la caída de Numancia hasta finales de la República se explota intensamente la Península, para compensar la decadencia del Oriente helenístico motivada por las guerras mitridáticas.

Las tierras de la Bética eran en gran parte de regadío mediante los célebres canales tartésicos. Durante la colonización, los estudios sobre la misma y asentamientos romanos en Turdetania, deducen que la población se hallaba dispersa en el campo y la propiedad al principio del imperio muy repartida. En los municipios debía haber muchos pequeños propietarios, aunque también existían latifundios (Plin. NH XVIII,35). La riqueza agrícola, ganadera y vinícola de la Bética queda reflejada en las monedas. La numismática de fines de la República y comienzos del Imperio confirma plenamente la veracidad de los datos entresacados de las fuentes literarias, pues tanto espigas como otros frutos figuran como emblema en las monedas de las ciudades: espigas en Ituci, Bailo, Carmo, Onoba, Cerit, Lastigi, Hipa, Esuri, Calet, Iiturgi, lulia, Traducta, Obulco, aquí figura también yugo y arado junto a espiga y racimo de vid, Oripo racimo de vid, etc. De Turdetania se exportaba trigo, vino y aceite...

<sup>45</sup> Los celtíberos eran mercenarios de los turdetanos (Liv. XXXIV, 7) y como tal figuran en número de diez mil en la gran rebelión de los turdetanos contra los romanos a las órdenes de Budar y Besadines en el 196 a. de C. (Liv. XXXIII, 44). Otros nombres de caudillos que militan las órdenes de cartagineses contra los romanos en el sur, en 214-212 a. de C. (Liv. XXIV, 42) son también indoeuropeos como Moeniaceptus y Vismarus, a los que Livio llama *reguli gallorum*. La columna vertebral del ejército cartaginés estaba compuesta por lusitanos y celtíberos (Liv. XXI, 43, 8; 57, 5), a uno de cuyos jefes Belligenes (Liv. XXVI, 21, 13) le regalaron tierras los romanos para recompensar su irración. En los lusitanos y celtíberos se apoyaban fundamentalmente los cartagineses; los romanos en los iberos y turdetanos.

<sup>46</sup> Sertorio protagonizó un episodio en Cástulo en el que se aprecian sus cualidades de estratega, durante el invierno del 97 a. de C. mientras las tropas de T. Didio, a las que pertenecía invernan allí. Los castulonenses cansados de las arbitrariedades de los soldados pidieron ayuda a un pueblo vecino. Fueron atacados y Sertorio escapó, y de tal manera se las compuso que rodeó la ciudad y mató a los invasores, vistiéndose a continuación con sus ropas y armas se dirigió al pueblo de donde provenían. En él, engañados los ocupantes por el aspecto de los recién llegados, abrieron las puertas confiados, lo que aprovechó Sertorio para apresar y matar a gran número (Plut. Sert. 3.).

también cera, miel, pez, mucha cochinilla, minio y salazones (Estr. III,2,6). El geógrafo ofrece la lista más completa de los mercados hispanos al final de la República. Estos eran Carteia (Estr. III,140), antigua estación indígena y el primer municipio de ultramar<sup>47</sup>, con una población de origen romano (Liv. XLIII,3); Baelo (Estr. III, 1,8)<sup>48</sup>. Las ciudades más importantes por su tráfico comercial se alzaban junto a los ríos, esteros o el mar, donde antaño se alzaban las ciudades indígenas, en otras ocasiones como Hispalis se asentaron sobre terreno virgen, por lo menos en la zona denominada del Pajar de Artillo<sup>49</sup> (Estr. III,141). Menciona Estrabón Asta y Nabrisa. Los dos centros comerciales más importantes son Corduba, fundada por Marcelo, sobre una población indígena<sup>50</sup> y Gades<sup>51</sup>. Después de estas ciudades destacan Hipa, sobre el Betis, Astigi, Obulco, Munda, Ategua, Urgo, Tucci, y otras muchas.

La gigantesca colonización de elementos itálicos a que fue sometida Hispania, se observa con más claridad que en cualquier otra faceta de la economía en la minería. Ya a partir del siglo II a. de C. los *negotiatores* itálicos explotaban las minas (Diod. 5,36,3; V, 38,9). El Estado romano había transferido al dominio público las posesiones de los bárquidas, especialmente las salinas y las minas. Estas fueron estatales y explotadas por *publicani* como se deduce de la afirmación explícita de Estrabón. En la segunda mitad del siglo II a. de C. entre el año 140 a. de C. y Augusto se debió efectuar, como en otras partes de Italia, el cambio en la explotación de las minas. Los que tenían las mismas no eran los verdaderos propietarios, sino poseedores más o menos estables o concesionarios perpetuos, sometidos a la legislación vigente. En la Oretania la mina del Centenillo<sup>52</sup> a juzgar por las monedas estuvo en explotación durante el siglo I a. de C. y los trabajos continuaron durante los dos o quizá tres

<sup>47</sup> WOODS, D. E. - COLLANTES, F. - FERNÁNDEZ CHICARRO, C., *Cartela*, Madrid, 1967. GARCÍA Y BELLIDO, A., «Las colonias romanas de Hispania», en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 29, 1959, págs. 450 y sigs. CHAVES, F., *Las monedas hispano-romanas de Carteia*, Barcelona, 1979.

<sup>48</sup> BOURGEOIS, A. - DEL AMO, M., «La quatrième campagne de fouilles à Belo-Bolonia (Province de Cádiz) en 1969», *Mél. Casa de Velázquez*, 6, 1970, págs. 439 y sigs. DOMERGUE, C., «La campagne de fouilles 1966 à Bolonia (Cádiz) C.A.N. 10, 1967, págs. 442 y sigs.; *Belo, I, La stratigraphie*. Paris, 1973; DOMERGUE, C. y otros, *Excavaciones de la Casa de Velázquez en Belo-Bolonia* (Cádiz), Madrid, 1974, DUPRÉ, N., «La huitième campagne de fouilles de la Casa de Velázquez à Belo-Bolonia (Province de Cádiz) en 1973», *Mél. Casa de Velázquez*, 10, 1974, págs. 525 y sigs. FERNÁNDEZ CHICARRO, C., y otros, «Réouverture d'un chantier de fouilles à Bolonia-Beio (Cádiz)», *Mél. Casa de Velázquez* 3, 1967, págs. 207 y sigs. GARCÍA Y BELLIDO, A., NONY, D., «Les fouilles de la Casa de Velázquez à Belo-Bolonia (Cádiz) en 1968», *Mél. Casa de Velázquez*, 5, 1960, págs. 465 sigs., MAYET, F., «La cinquième campagne de fouilles à Belo-Bolonia (Province de Cádiz) en 1970», *Mél. Casa de Velázquez*, 7, 1971, págs. 405 y sigs. NICOLINI, G., «Fouilles de la Casa de Velázquez à Belo-Bolonia (Cádiz) en 1967», *Mél. Casa de Velázquez*, 3, 1967, págs. 387 y sigs. NONY, D., «Une empreinte monétaire sur fragment de *terra sigillata* trouvé à Belo», *Mél. Casa de Velázquez* 3, 1967. ROUILLARD, P. - REMESAL, J., y SILLIÈRES, P., «Informe de la novena campaña de Belo», *N.A.H.* 6, 1979, págs. 309 sigs. REMESAL, J.-ROUILLARD, P., y SILLIÈRES, P., «Informe de la décima campaña de Belo, 1975 (Bolonia, Cádiz)» *N.A.H.*, 6, 1979, pág. 345 y sigs. REMESAL, J., *La necrópolis sureste de Baelo*, Madrid, 1979.

<sup>49</sup> BLANCO, A., *La Sevilla romana. Colonia Iulia Romula Hispalis. Historia del urbanismo sevillano*, Sevilla, 1972; *Historia de Sevilla (de la Prehistoria a los visigodos)*, Sevilla, 1979. GARCÍA Y BELLIDO, A., *Las colonias romanas de Hispania, op. cit.*, en nota 47, págs. 461 y sigs. PONSICH, M., *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir*, I, Paris, 1974. CHAVES, F., *Las monedas de Itálica*, Sevilla, 1973. LUZÓN, J. M., *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo*, E.A.E., 78, 1973. Merced a esta excavación se pueden seguir los avances de la romanización y de la economía de la ciudad. La estratigrafía pone de manifiesto la falta de población en el Cerro de San Antonio antes de la fecha transmitida por Apiano (*Iber* 38), con lo que se descarta la hipótesis de una ciudad ibérica anterior a la fundación romana (pág. 56). Hasta Augusto prácticamente la ciudad vive dentro de la tradición local. A comienzos del siglo I a. C., hacen su aparición las primeras ánforas importadas y las cerámicas de barniz negro. Se han recogido gran cantidad de fragmentos de ánforas, que indican la importancia comercial y agrícola de la ciudad. Esto mismo indica el horno, de la segunda mitad del siglo II a. C. Las casas más antiguas no se diferenciaban de las de los poblados indígenas. La cerámica es de tipo turdetano y todo ello debe ser contemporáneo de los primeros años del asentamiento romano.

<sup>50</sup> CONTRERAS, R., *Marco Claudio Marcelo. Fundador de Córdoba*, Córdoba, 1977. SANTOS GENER, S., *Memoria de las excavaciones del plan nacional realizadas en Córdoba (1948-50)*, Madrid, 1955. GARCÍA Y BELLIDO, A., *op. cit.*, en nota 47, págs. 450 y sigs.

<sup>51</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942. «Icosae Gades», *B.R.A.H.*, 129, 1951; *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid, 1953, págs. 479 y sigs. JIMÉNEZ, C., *Historia de Cádiz en la antigüedad*, Cádiz, 1971; «Miscelánea epigráfica. Inscripciones funerarias inéditas», *Emerita*, 30, 1962. Sobre el urbanismo en la Bética y Lusitania, cfr. TOVAR, A., *Iberische Landeskunde*, I, *Baetica*, Baden-Baden, 1974, y II. *Lusitaniën*, Baden-Baden, 1976. CHUECA GOITIA, F., «Consideraciones sobre el legado de la urbanística romana en España», en *Hispania Romana*, en *ANL*, 200, 1974, págs. 69 y sigs. MANSUELLI, G. A., «Considerazioni sull'urbanistica della Spagna romana», en *Hispania romana*, págs. 87 y sigs.

<sup>52</sup> CONTRERAS, R., «Precintos de plomo de las minas hispanorromanas de El Centenillo», en *Oretania*, 1960. DOMERGUE, C., «Note sur le district minier de Linares-La Carolina (Jaén, Espagne) dans l'Antiquité», *Mélanges de préhistoire, archéo-civilisation et ethnologie offerts à V. Varagnac*, Paris, 1971; «El Cerro del Plomo, mina El Centenillo (Jaén)», *N.A.H.*, 16, 1971. TAMAIN, G., «Los precintos o sellos de plomo del Cerro del Plomo», *Oretania*, 8-9, 1961; TAMAIN, T., «Contribución al estudio de la antigua metalurgia del plomo en España», *Oretania*, 12, 1962; TAMAIN, T., «Contribución al estudio de la arqueología hispano-romana en la zona de El Centenillo», *Oretania*, 13, 1963; TAMAIN, T., «Descubrimiento fortuito en El Centenillo (Jaén)», *Oretania*, 16-18, 1964; TAMAIN, T., «Las minas antiguas de El Centenillo (Jaén)», *Oretania*, 23-24, 1966. SORIA, M.-LÓPEZ, M., «Herramientas inéditas de las minas de "El Centenillo" (Jaén)», *C.N.A.*, 15, 1979.

siglos siguientes. De esta mina quedan numerosos instrumentos de trabajo en el Museo de Linares. Se conocen más de 100 sellos de plomo con cabeza humana y con las inscripciones C.S.XXX; S.C.XL (se interpretan las siglas como *Societas Castulonensis*). Al norte de Sierra Morena a 70 km. de Cástulo se encontraba la mina de Diógenes<sup>53</sup>. La mina de los Arrayanes, en las cercanías de Cástulo, explotada hasta hace poco, tuvo vestigios de explotaciones mineras romanas y anteriores. Una explotación minera típica del siglo I a. de C., en época sertoriana es la de la Loba (término de Fuenteovejuna), de plomo argentífero. Junto a ella se han excavado varias viviendas de mineros, muy pobres, y los almacenes, situados en la boca de la mina, conteniendo una gran cantidad de ánforas, fabricadas en alfares locales, excepto una de Brindisi. Se supone que además de vinos y aceite se usaban como contenedores de salazones que en gran medida constituían la alimentación de estas gentes.

De la fuerte explotación de las minas y del gran número de personas que allí acudieron se deduce la intensa romanización a que fue sometido el área sur y levantina. Supuso asimismo el laboreo de las minas, un enorme volumen de esclavos, recogidos durante las mismas guerras de la Península y un gran volumen de madera, para apuntalar las paredes de los filones, lo que contribuiría a la deforestación, una industria accesoria de instrumentos de minero y de cuerdas, sacos de esparto, transportes bien organizados y la distribución de productos. En ello intervendría en forma activa el elemento indígena.

La riqueza en metales preciosos de Hispania, que además de cubrir todos los gastos de guerra (Plut. *Cat.* 10; Front. 4,7,35), engrosó el erario romano y contribuyó a fomentar el capitalismo, sobre todo entre las grandes familias relacionadas con la Península, procedía no sólo de la explotación de las minas sino también de los tributos y botín recogidos a los poblados y campamentos autóctonos (Liv.XXI,60; XXXI,16,3; XXXIV,43; XL,16,49-50. Pol. 3,76,10 y 12). Comprender no sólo gran cantidad de dinero, sino también objetos, joyas de oro y plata. Tanto los cartagineses como los romanos obligaban a los sometidos a entregar las joyas de oro y plata de propiedad particular, como hizo Magón con los habitantes de Gades en el 205 a. de C. (Liv. XXVIII,38). Varrón que visitó España en el siglo I a. de C. habla de torques de oro y escudos cincelados de plata (*Sat. Menipp. Ret.* 171,12). Las vasijas de plata eran muy frecuentes en estos siglos de la República; aún en las bodas de Viriato, cuyo suegro era un fuerte terrateniente, se exhibió gran número de ellas (Diod. 33,7). Posidonio alaba los vasos de plata de Hispania (Estr. III,167) y Plinio habla de los platos argéteos de 500 libras de peso (NH 33,145). Son confirmación arqueológica de estas fuentes una serie de tesoros que se pueden fechar en época helenística. La ocultación de tesoros se produjo a todo lo largo de las campañas de ocupación, expediciones de castigo o ante el peligro de razzias de los pueblos del norte. Se documentan con asiduidad en el último decenio del siglo II a. de C. y componen estos tesoros los objetos que el autor de la ocultación tenía en mayor estima. En general son conjuntos de joyas de labor indígena, junto a otras helenísticas o imitaciones. A veces también se encuentran monedas, merced a lo cual se puede determinar con menor margen de error la fecha de ocultación.

El tesoro de Mengíbar (Jaén)<sup>54</sup> se compone de dos vasos, uno ibérico y otro romano, cuatro brazaletes, siete torques, algunos de alambre enrollado, típicos del siglo II a. de C. y documentados en toda Celtiberia, otros de barra, un *scyphus*, una *trua*, un *simpulum*, una *fuscicula*, estas últimas cuatro, piezas romanas, todo ello en plata.

El tesoro de Mogón, Villacarrillo (Jaén)<sup>55</sup>, fechado en el año 90 a. de C. se halló en su mayor parte dentro de una olla ibérica pintada, cubierta con una torta de plata fundida, los mil doscientos cincuenta y ocho denarios republicanos, fechan el conjunto, compuesto por numerosas piezas en las que como en la mayoría de estos tesoros se conjugan los elementos tradicionales estilísticos y las nuevas aportaciones helenísticas. Se trata de un brazaletes, un vaso de ofrendas de cuerpo ovoide y el cuello exvasado, diferenciado de aquél por un resalte, generalmente decorado con motivos lineales o florales muy geometrizados. A este tipo de vasos se aludió anteriormente al tratar de los relieves de Osuna y la pátera de Perotito. Cuatro pulseras y fragmentos de otra, una remata en cabeza de serpiente, otras son espirales, características del período helenístico; dos láminas de un collar; una placa de revestimiento de vaina de puñal, tema repujado al estilo celta, con escenas de caza y animalísticas muy estilizadas; una hebilla de plata que representa un ave volando; una diadema decorada con tallos serpenteantes y en su interior florones, rodeado el conjunto con orla de espirales, motivo de clara raíz helenística, interpretado en los talleres

<sup>53</sup> DOMERGUE, G., «La mine de Diógenes (province de Ciudad Real)», *Mél. Casa de Velázquez*, 2, 1966.

<sup>54</sup> RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, láms. 22 a 26. ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, láms. XVIII a XXII.

<sup>55</sup> RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, láms. 27 a 30 y 31, 2 a 5. ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, láms. XXIII a XXVI. GARCÍA Y BELLIDO, A., *Ars Hispaniae*, Madrid, 1947. BECATTI, G., *op. cit.*, en nota 43, lám. CXL, 485-486. MÉLIDA J. R., *Arqueología Española*, Barcelona, 1929, pág. 231, fig. 121.

autóctonos; un medallón con cabeza de medusa, que demuestra la profunda helenización a que se llegó en la estética hispana; seis torques de hilos enrollados y retorcidos, y una placa de cinturón repujado, adornado con temas florales estilizados.

Otros muchos son los tesoros que nos abstenemos de describir aquí por falta material de lugar, baste pues enumerarlos: los de Santisteban del Puerto, Santiago de la Espada y los Villares en Jaén; el brazaletes de la Alcudia en Granada; el de Torre de Juan Abad en Ciudad Real; los de El Viso, Almadenes de Pozoblanco, y Molino de Marrubial en Córdoba <sup>56</sup>.

En el cortijo de Máquiz (Jaén) <sup>57</sup> apareció en 1860 un conjunto de piezas de bronce del más alto interés por las escenas en ellas representadas, seguramente de valor religioso. Aunque con certeza no se sabe su aplicación precisa, podría atribuirseles la de timón o lanza de carro <sup>58</sup>.

Todas (cuatro en total: dos depositadas en el Museo Arqueológico Nacional y dos en la Real Academia de la Historia), son de cuerpo aproximadamente semicircular, terminadas en conteras de bronce; las dos mayores, en el MAN, representan cabezas de carnívoro con expresión de ferocidad, mostrando los dientes y la lengua, tal vez figuren lobos o también un felino. Ambas pueden pertenecer al mismo carro <sup>59</sup>. Las dos restantes, no parecen ser obra del mismo taller, una está compuesta por la cabeza de un lobo, de más clara interpretación, y fundida a la nuca una cabeza humana, con torques de alambres enrollados al cuello, los mismos que hemos descrito al tratar de las piezas componentes de los tesoros, fechados aproximadamente en el siglo II a. de C.; en las orejas lleva pendientes. En opinión de A. Blanco <sup>60</sup> se trata de la representación de una deidad figurada janiforme, como en el relieve de Villaricos del «Domador de Caballos» o en el bocado de Cancho Roano, o quizá sea una variante indígena del tema celta de la cabeza humana cubierta por una piel de felino, documentada en la pátera de Perotito y en la gran fibula del tesoro de Driebes (Guadalajara). El cuarto bronce representa un carnívoro de factura semejante al anterior, con una anilla detrás de las orejas <sup>61</sup>.

<sup>56</sup> El tesoro de la Alameda (Santisteban del Puerto), cfr. BLANCO, A., «Plata oretana de "La Alameda" (Santisteban del Puerto), Jaén», *op. cit.*, en nota 43. Se halla compuesto de objetos que forman dos grupos: uno de joyas indígenas —torques, pulseras—, y otro de recipientes de influencia helenístico-romana. Todo ello en plata: se trata de tres torques de barra única, cuatro de alambres enrollados, una pulsera de extremos moldurados y dos de lazo. Entre los recipientes helenísticos destaca un jarro de asa floreada que BLANCO, A., (pág. 94) paraleliza con el *oinochoe* del tesoro de Arcisate, Italia: una taza y un cuenco muy frecuente en la argentería ibérica (fig. 3, 3). Este tesoro BLANCO, A., lo paraleliza con los de Mogón y Salvacañete (Cuenca) y fecha en términos generales en la primera mitad del siglo I a. C. También en Santisteban del Puerto, en la finca denominada Perotito, se halló la pátera que ya hemos tratado, además de cinco cuencos, un brazaletes en espiral, una pulsera, dos fibulas de arco con el motivo del animal doble que enlaza en un tronco común y direcciones opuestas: un prótomo de caballo y una estilización de cabeza de animal, acaso un lobo: GRINÓN, B. DE, OLMOS, R., *op. cit.*, en nota 28, pág. 52, lám. 16. También RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, láms. 58 a 68. ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, láms. XXXIV a XXXVII.

Santiago de la Espada (Jaén), se compone de un gran número de vasos de ofrendas, un cuenco, un brazaletes, dos torques de hilos enrollados y dos de tubo, dos sellos, cinco aretes y cuatro arracadas, según BLANCO, A., *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad*, 2, Madrid, 1981, págs. 66-68, lo más barroco de la orfebrería ibérica conocida hasta ahora. También RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, láms. 55 a 57. BECATTI, G., *op. cit.*, en nota 43, lám. CXXXVII, 484, a, b, c, d. CABRÉ, J., «El tesoro de orfebrería de Santiago de la Espada (Jaén)», *A.Esp.A.*, 53, 1943, págs. 343-360, figs. 10 a 14. GARCÍA Y BELLIDO, A., *Ars Hispaniae*, *op. cit.*, fig. 350. CAMÓN AZNAR, J., *Las artes y los pueblos de España primitiva*, Madrid, 1954, fig. 769.

Los Villares (Jaén): un vaso de plata con una cruz en el fondo, y un torques, éste de plata, el primero de oro. ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, láms. XLII-XLIII. El de Torre de Juan Abad (Ciudad Real): un vaso, cuatro torques, un brazaletes y una fibula de plata, todo ello ocultado entre los años 104-103 a. C. RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, lám. 79. ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, láms. XXXVIII a XL. En el Viso (Córdoba) se halló una varilla de oro, ÁLVAREZ-OSSORIO, F., *op. cit.*, en nota 43, lám. XLIV. En Almadenes de Pozoblanco (Córdoba): vasijas, siete fibulas (la mayoría de ellas son muy semejantes en todos los tesoros, se acusa un intenso influjo indígena meseteño), dos torques completos y fragmentos de otros dos, dos pulseras, ocho placas de collar, etc., en total 65 objetos diferentes de plata, cuya fecha de ocultación es el año 107 a. de C. RADDATZ, K., *op. cit.*, en nota 29, láms. 46 a 49. El de Molino de Marrubial (Córdoba) consta de un cuenco, cinco brazaletes, un torques y un colgante, fue ocultado hacia el año 104-103 a. C.

<sup>57</sup> Máquiz, antigua Ilturgi, fue probablemente una fundación de T. Sempronio Graco, lo que parece aseverar una inscripción hallada en 1952. Sobre el tema véase WIEGELS, R., «Ilturgi und der deductor Ti. Sempronius Gracchus», *M.M.*, 23, 1982, págs. 152-221; CONTRE-RAS, R., *op. cit.*, en nota 50, págs. 154 y sigs.

<sup>58</sup> ALMAGRO BASCH, M., «Los orígenes de la toréutica ibérica», *Trab. Preh.*, 36, 1979, págs. 176 y sigs.

<sup>59</sup> ALMAGRO BASCH, M., *op. cit.*, en nota 58, figs. 1, 2.

<sup>60</sup> BLANCO, A., *Historia del Arte Hispánico*, *op. cit.*, en nota 56, pág. 75.

<sup>61</sup> ALMAGRO BASCH, M., *op. cit.*, en nota 58, figs. 4, 5.

Sobre las dos primeras se cincelaron una serie de escenas de lucha y adoración, de muy probable sentido religioso <sup>62</sup>.

Aunque las cuatro piezas no procedan de la misma mano, sí pueden ser contemporáneas, asignables a época helenística avanzada. A. Blanco <sup>63</sup> coincide con esta datación al afirmar que «si en el caso de las piezas 1 y 2 el estilo de la cabeza del carnívoro, tan similar a las de las páteras de Perotito y Tivisa, apuntan al siglo II a. de C., lo mismo hace en la pieza 3 el torques de alambres enrollados, adorno muy común entre los iberos, pero no documentado antes de comienzos del siglo II a. de C. y precisamente en el tesoro de Tivisa, que Raddatz fecha hacia el 170 a. de C. Aunque puede ser mera coincidencia, no deja de ser curioso lo cercana que se halla esta fecha a la de la estancia de T. Sempronio Graco en la Península (180-179 a. de C.).

En la Turdetania el trabajo de los bronceístas tuvo una tradición muy enraizada en el pasado como se comprueba en los bronceos votivos de los santuarios ibéricos de Sierra Morena, Castellar de Santisteban y Collado de los Jardines, los cuales han proporcionado alrededor de 6.000 estatuillas, fechadas desde el siglo VI a. de C. hasta la época de la dominación romana, punto este que se explica por la tradicional tolerancia del Imperio para los cultos locales practicados en las provincias conquistadas. Los talleres y santuarios fueron clausurados por decreto en época de Teodosio <sup>64</sup>.

En general el estilo arcaico y poco evolucionado de los exvotos ibéricos perdura a través de las diversas fases del arte de este pueblo, más por la falta de iniciativa de unos bronceístas locales, limitados a producir piezas destinadas a los devotos, sin duda más interesados por la iconografía que por la estética de la ofrenda, que por un conservadurismo no ligado a las prácticas religiosas que allí se desarrollaban. En algunos ejemplares se puede observar un cierto impulso renovador, aportado por la mano experta de determinado artesano, pero las corrientes helenizantes apenas tienen incidencia, únicamente se capta en algunas figurillas un mayor interés por el retrato. También en las representaciones de guerreros es factible que se dejen sentir los acontecimientos bélicos, quizá por una mayor abundancia de *caetrati*, que serían ofrecidas por estos soldados en época tan turbulenta para propiciar a las deidades en su favor.

A los exvotos que figuran soldados indígenas se les debe atribuir una fecha anterior a Augusto, sin que se pueda precisar más, puesto que en tal momento desaparecen las milicias armadas ibéricas para integrarse en cuerpos auxiliares del ejército romano, y por tanto armados a la romana <sup>65</sup>.

La escultura en piedra ibérica tardía se dejó influir, si no siempre en forma directa, si indirecta e inconscientemente por las corrientes romanas, a su vez impregnadas de helenismo.

La administración romana implantada en la Bética no impuso reglas condicionantes para el trabajo o la iconografía en los talleres locales, como sí lo hizo en el arte oficial de estilo propagandístico. De esta forma el arte popular siguió desarrollándose bajo los modelos tradicionales. Ahora bien, como no podía ser menos, se origina irremediadamente una interrelación, y así los talleres autóctonos asimilan, si bien parcialmente y conforme a su propia manera de construir, las corrientes artísticas del Imperio. Según A. Blanco <sup>66</sup> en los talleres hispanos no se produce la irradiación de la urbe sino de sus dominios itálicos y galorromanos, a partir del siglo III a. de C.

En la escultura zoomorfa esta simbiosis se acusa en el tratamiento más realista de los cuerpos y como ya dijimos en el mayor movimiento. Puede observarse como las melenas de los leones adquieren mayor proporción, los músculos y tendones se acusan bajo la piel, se señalan las garras más potentes, como en los leones de Bornes, Úbeda la Vieja, Utrera, El Coronil, o la leona del Cerro de los Molinillos <sup>67</sup>. A veces los animales tienen erguidas las patas traseras, otras se hallan sentados sobre las mismas, como el oso de Porcuna o la loba del Cerro de

<sup>62</sup> En la primera lanza se enfrentan dos parejas de jinetes que cabalgan hipocampos; dos de ellos, armados con lanzas, se oponen a otros dos defendidos por escudos. Tras esta escena de lucha, dos lobos atacan a dos jabalíes. Una pareja de estos animales está separada por un arbolillo; entre ellos hay colocado un tercer lobo y a la espalda de las fieras se encuentran varones que visten túnica corta y que levantan las manos en gesto de adoración. Sobre la segunda lanza se cincelaron dos hipocampos con las manos levantadas, tema del gusto púnico. Delante de ambos y detrás de uno de ellos aparecen algunos arbolitos. En la misma zona que en la lanza anterior dos varones elevan igualmente las manos. Uno de ellos ciñe la cintura con ancho cinturón. El centro de la composición está adornado con espirales.

Es probable que en la primera lanza se haya representado algún mito turdetano, bajo una iconografía de origen púnico.

<sup>63</sup> BLANCO, A., *Historia del Arte Hispánico*, op. cit., en nota 56, pág. 75.

<sup>64</sup> BLANCO, A., *Historia del Arte Hispánico*, op. cit., en nota 56, pág. 54.

<sup>65</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A., *Arte ibérico en España*, op. cit., en nota 3, pág. 83. Figurillas de soldados a pie: figs. 100 a 111. Jinetes: figs. 115-117-118.

<sup>66</sup> BLANCO, A., *Historia del Arte Hispánico*, op. cit., en nota 56, pág. 128.

<sup>67</sup> CHAPA, T., *La escultura ibérica*, op. cit., en nota 20, leona del Cerro de los Molinillos, lám. XV; león de El Coronil, foto 1.

los Molinillos —ambos se ajustan al modelo iconográfico de la fiera que devora una víctima—<sup>68</sup>, únicamente el león de Bienservida está sobre las cuatro patas<sup>69</sup>.

En la representación humana, aún dominada por un acentuado antinaturalismo, se destacan los mismos síntomas que en la animalística, es decir, un mayor movimiento y naturalismo, aunque sigue apreciándose un fuerte apego a la rigidez de formas, de sujeción al bloque. Nos podemos referir a las figuras sedentes del cortijo de Tixé, cerca de Sevilla, al parecer un matrimonio. El varón viste el traje romano y sobre él un *sagum*. El conjunto está datado a comienzos del Imperio<sup>70</sup>. El relieve de un guerrero turdetano, sonando la trompa, conservado en el Museo del Louvre, denota una mayor influencia helenística, sobre todo en el trabajo de los pliegues de las vestiduras y en un cierto dinamismo del que está impregnada la figura<sup>71</sup>.

Por lo que se refiere a los retratos, son muy escasos en la primera época de la dominación romana. En el sur se documentan en Córdoba, Cádiz y Jerez de la Frontera<sup>72</sup>.

Y hasta aquí a grandes rasgos las vicisitudes del pueblo ibérico en los últimos años de su autonomía y su paulatina inserción, no sin una vigorosa resistencia, en la órbita del mundo y cultura del Imperio romano.

---

<sup>68</sup> Oso de Porcuna: T. Chapa, *op. cit.*, en nota 20, foto 11; *op. cit.*, 1980, fig. 4.89, lám. LXXIX. Loba del Cerro de los Molinillos, *ibidem*, *op. cit.*, en nota 20, lám. X; *ibidem*, *op. cit.*, en nota 22, fig. 4.106, láms. C y CI, 1. El jabalí de Cartima se ajusta asimismo a los esquemas de la loba y el oso. CHAPA, T., *op. cit.*, en nota 22, pág. 260.

<sup>69</sup> León de Bienservida, responde al modelo iconográfico de devorador de víctimas, como los anteriores. BLÁZQUEZ, J. M., *Primitivas religiones*, *op. cit.*, en nota 22, il. 85.

<sup>70</sup> GARCÍA BELLIDO, A., *Arte ibérico*, *op. cit.*, en nota 3, pág. 60.

<sup>71</sup> BOSCH GIMPERA, P. - AGUADO BLEYE, P., «La conquista de España por Roma (218 a 19 a. C.)», en *Historia de España*, t. II, Madrid, 1955, fig. 4.

<sup>72</sup> LEÓN ALONSO, P., «Die Übernahme des römischen Porträts in Hispanien am Ende der Republik», *MM*, 21, 1980, págs. 165-169.